

La Sonrisa

POR SILVIA FERNÁNDEZ-RISCO

Cindy poseía una sonrisa encantadora. La Mona Lisa la hubiera deseado.

Era de esos gestos que, al elevar con dulzura las comisuras de los labios, emanan un brillo especial y, cuando uno la ve, siente un cosquilleo delicioso, como de luces de bengala chisporroteando de alegría.

Esa característica particular salió a relucir desde su nacimiento. La partera predijo que sin duda sería una persona feliz porque en seguida de su primer llanto para echar a andar sus pulmones, esbozó una linda sonrisa y así se quedó dormida.

La predicción de la partera fue «casi» perfecta. Casi, porque la alegre Cindy se enamoró de un tipo corpulento, muy varonil, rebosante de testosterona, que la encandiló, razón por la cual no pudo ver un defecto de su hombre que le traería graves consecuencias a su alegre modo de ver la vida.

Sucedió justo a los nueve meses de casada. Ella se encontraba colocando aromáticas flores en un jarrón para festejar dicho acontecimiento y su hombre llegó a casa. Lo que él vio, a cualquier ser humano en su sano juicio le hubiera parecido una romántica postal Hallmark: las espaldas de una bella mujer, esbelta y delicada, colocando con mucha gracia flores en un jarrón. Pero para este hombre la escena resultó sospechosa y, al percibir aquella mezcla dulce de olores, tan ajenos a su esencia, corrió lleno de furia hacia su mujer y comenzó a pedir explicaciones sobre el origen de esas flores. Lo hizo tirando

del cabello de Cindy, al tiempo que gritaba y le propinaba patadas por todo el cuerpo. Ella le devolvió una sonrisa tierna, de esas que iluminan su rostro y dan paz a quien la mira. Su hombre, cegado por los celos, no la pudo ver y siguió dándole golpes.

—Las trajo nuestra vecina por nuestro aniversario, son de su jardín.

—¡No mientas, hipócrita! ¡Con quién carajos te estás acostando! —y continuó la golpiza con tal fuerza que Cindy se desvaneció. Este hecho no impidió que el hombre pateara dos veces más, con todas sus fuerzas, el rostro de aquel cuerpo inerte.

Cuando Cindy despertó en el hospital, no pudo articular palabra. Tenía fracturada la mandíbula y unos aparatos ortopédicos se lo impidieron. Ese día, aunque su espíritu positivo la llevó a que su primer pensamiento fuera «gracias a Dios que estoy viva», no pudo sonreír.

La recuperación fue lenta. En todo ese tiempo, el mazacote de esposo que tenía no consiguió permiso alguno para salir de prisión y visitarla en el hospital. De cualquier forma, aunque la ley se lo hubiera otorgado, ella no lo aceptaría. De nada le valieron las súplicas implorando perdón que le hizo a su esposa a través del abogado. Aseveró que nunca más volvería a golpearla, que estaba profundamente arrepentido. Todo había sido por causa de ese olor floral que lo irritaba, lo volvía loco. Pero el perdón no cabe por la pajilla por donde Cindy ahora bebe

un amasijo de pollo con verduras. Meses bebiendo los alimentos y preguntándose por qué su sonrisa y amabilidad no habían podido parar la furia de ese hombre, como lo había hecho en múltiples ocasiones.

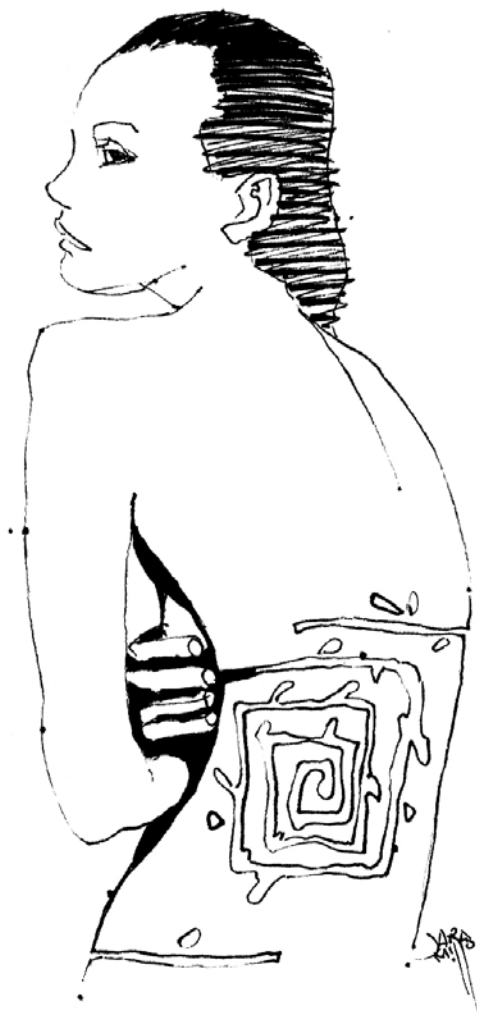
El daño parecía irreversible.

Al cabo de un tiempo llegó al hospital un especialista del extranjero con una técnica novedosa. Se trataba de una prótesis de titanio con la que recuperaría, inmediatamente, sin necesidad de rehabilitación, el movimiento mandibular. Podría volver a masticar y reírse a carcajadas, si así lo deseaba.

Se sometió al tratamiento quirúrgico y cuando los médicos retiraron las vendas, le ofrecieron un espejo para que comprobara el éxito de la cirugía. Momento de tensión. Tomó el objeto con mano temblorosa y, cuando lo puso frente a su cara, miró en aquel cristal azogado su vida condensada en un instante. Tuvo una epifanía: «Nadie le arrebatara su júbilo por la vida. Había muchos mazacotes incapaces de vibrar ante la maravilla de una sonrisa pura. La de ella, su sonrisa, no era para todos, sin duda, pero para otros seres empáticos sí».

En ese momento, distendió sus mejillas y, tal vez por efecto de los medicamentos o por el silencio guardado en esos meses, la media luna que apareció en su rostro tomó intensidad. Poco a poco se convirtió en una risa impetuosa y prolongada que contagió al cirujano, a los dos asistentes y a la enfermera, llenando aquella habitación de sonoras carcajadas que viajaron por los pasillos a todo el nosocomio. Los que estaban más alejados identificaron aquel sonido como campanitas de cristal; otros, como casabeles musicales y otros simplemente oyeron los sonidos que de niños les gustaban. Entonces, con la sincronía y exactitud de un milagro, casi todos en aquel hospital sintieron un dejo de alegría. Una persona que pasaba por la acera de enfrente, sin saber por qué, sonrió.

Tomado de *Música de las esferas*, Fuga editorial, Panamá, 2010



SILVIA FERNÁNDEZ-RISCO. Mexicana radicada en Panamá desde el año 2000. Lic. en Comunicación Social. Diplomada en Diseño Editorial. Egresada del Diplomado en Creación Literaria de la UTP en 2004. Ha publicado cuentos en la Revista Cultural Maga, en Minitextos.org, Internatural. blogspot.com, y en los colectivos *Soñar despiertos* (2006) y *Taller de escapistas* (2007). Ese mismo año obtuvo mención honorífica en el PREMIO DE CUENTO “FACULTAD DE CIENCIAS Y TECNOLOGÍA”, UTP. Libros publicados: *Volar y otros cuentos*, (2009); *Música de las esferas*, (2010).